

La preocupación de Gerona no creemos sea la de lograr el crecimiento en número de habitantes. Podríamos, antes, intentar un poco de orden en todo. Ya se hace y se ha hecho mucho. Si de súbito nuestros abuelos vinieran a cruzar ahora la Plaza del Marqués de Camps, tal vez dirían que somos unos complicados o unos hombres-pieza; pero si se les hiciera observar que en esta nuestra época ya no circulan sus diligencias, que la ciudad tiene allí una arteria, y que hoy, estando sanos, no nos acostamos a las ocho de la tarde, tendrían que comprender que aquello es un orden y una exigencia, no un lujo ni un afán de modernismo.

No debería preocuparnos demasiado si los censos no señalan aumento de habitantes. Doctores tienen la ciencia que estudiarán el caso con la Economía en la mano. Miramos aquí el hecho con la anécdota en el corazón, y creemos que sería de temer si Gerona ciudad no tuviera deseos de crecer hacia dentro, como las raíces, pero está demostrando que deseos no le faltan. Ahora lo importante para continuar siendo Gerona será saber equilibrar el paso al frente que se empieza a dar con las cosas, que

si es preciso irán quedando atrás, ya sea el aceptar calladamente una multa por haber basurado el río, ya sea la supresión de la fiesta mayor de una calle en atención al creciente tránsito de vehículos, ya sea hacernos a la idea de que si es preciso, con el tiempo, para ir de casa al trabajo habremos de pasar no ocho semáforos, sino ochenta veces ocho, con el agravante de que en el frío indicador ya no se nos llame «gerundenses», sino «peatones». Si no sabemos aceptar el cambio, es que el crecimiento nuestro es defectuoso y exige más cinismo.

Cuando nuestras cosas de antes vayan quedando atrás, en ese ir adelante habrá que desconfiar de los que tengan prisa y de los que tengan pausa, porque no servirán para el crecimiento, ni quienes apresurasen el olvido de nuestro tradicional modo de vivir Gerona, ni quienes por sentimentalismo senil llorasen demasiado fuerte los tiempos idos de la pequeña ciudad. Hay que crecer a paso de auténtica Gerona. Es un trabajo para treinta mil habitantes.

TEATRO GRIEGO EN LA ESCALA

En medio de la serenidad de la noche estival mediterránea, junto a las playas que recogieron siglos ha el primer aliento de la cultura clásica en nuestra patria, han resonado recientemente los acentos trágicos de Sófocles, el trunvirio de la tragedia griega, con la representación al aire libre de «EDIPO REY» en versión al castellano de López Arana y de «ANTIGONA» en versión de José María Pemán. Cuatro han sido las representaciones, dos por cada obra, en el paraje escalense denominado «La Punta», plaza barandada que avanza levemente hacia el interior de la inmensa bahía de Rosas, donde en estas noches tan acariciantes y evocadoras el recitar de los actores tenía como música natural de fondo el chasquido del oleaje al estrellarse contra las rocas que hacen de recio pedestal a «La Punta».

Es notable también el hecho de que, momentos antes de iniciarse la representación, tenía lugar la partida de las embarcaciones de pesca que desfilaban por las centelleantes aguas en fantasmagórica procesión para ir a congregarse en el centro de la bahía, donde rebullen el mero, la lubina, la dorada y tantas otras especies marinas afanosamente buscadas para el servicio de la refinada gastronomía.

En este marco ha ido desarrollándose la trama de estas tragedias griegas magníficamente puestas en escena con un somero y elocuente montaje por la Agrupación Escénica «Arlequín», elenco figuerense, —con la colaboración de la primera actriz María Matilde Almendros— que dirige Tony Montal, bajo el patrocinio del Ayuntamiento y de la Junta Local de Turismo de La Escala.

Es de lamentar que el público fue escaso aunque las ovaciones fueran intensas. Y es lástima, tratándose de espectáculos de tan excepcional calidad y tan maravillosamente enmarcados.

JUAN GUILLAMET